

RAMON ILLAN BACCA

(1940)

RAMÓN ILLÁN BACCA nació en Santa Marta en 1940. Estudió derecho en la Universidad Libre de Bogotá. Ha compaginado el ejercicio de la abogacía con la cátedra de literatura. De sus obras destacan *Marihuana para Goering* (1981) y *Débora Cruel* (1990).

SI NO FUERA POR LA ZONA CARAMBA...*

*Santa Marta, Santa Marta
tiene tren, Santa Marta
tiene tren, pero no tiene
tranvía, si no fuera por
la Zona Caramba Santa
Marta moriría.*

Para la Mona Navarro fue casi un reto cuando supo que en vez de decorar el Centro Social (flamante, con una decoración art decó verdaderamente preciosa) tenía que arreglar el viejo caserón donde estaba situado el cuartel de espaldas al mar. El mismo General había elegido el sitio por razones de seguridad, así que no había forma de contradecir el punto. Armada de optimismo y suficiencia esas dos semanas previas a la fiesta, la Mona se dedicó a maquillar al casino de oficiales. El día señalado y aunque los resultados no eran del todo logrados, la Mona podía respirar satisfecha. Sobre las paredes había colgado gobelinos que tapaban el horrible color verde-cuartel que tenían, al pie de las columnas descascaradas había colocado macetas con algunas raquíáticas palmeras, que sólo alguien con mucha imaginación podría tomar como símbolo de nuestra lujuriente vegetación tropical. En el techo había colocado las arañas venecianas, que había prestado no sin muchas súplicas y garantías, Serafina Noguera.

En las largas mesas de patas genuflexas y prestadas por la curia colocó hortensias, anturios y astromelias en los floreros lapislázuli prestados por los Monte.

Así, sólo la memoria podía relacionar ese sitio con el mismo donde se había seguido consejo de guerra a los cabecillas de los que por decreto se designaba como “Cuadrilla de Malhechores”.

Pero este tema no se iba a mencionar.

—Al que lo toque, lo saco de la fiesta, ya verás —le había dicho toda decidida Serafina a la Mona. De todos modos la lista de invitados fue examinada cuidadosamente para evitar que gente impertinente se colara. (¿Invitamos a los Olmos? Sí, al final de cuentas ellos están con nosotros).

El único forcejeo fue con la música. Mona era partidaria de ritmos internacionales (los recién llegados de Bruselas y Londres quieren lucirse bailando el charleston, démosle la oportunidad), mientras que Serafina era propensa a la música recatada y llorona del interior del país. Al final decidieron alternar unos aires con otros. En lo que sí se mostraron inflexibles fue en no permitir que la banda tocara porros o cumbias. (Eso está bien para los salones burreros, pero no aquí donde está la gente bien).

El secretario desmintió a la prensa “no se ha dicho en ningún momento que los soldados costeños deben ser reemplazados ya que vacilarían en caso de tener que tomar una actitud decisiva. Eso es falso. Infundios de la prensa”.

Aquiles Olmos se perturbó un poco cuando comprobó que era uno de los primeros en llegar a la fiesta. Días antes cuando rasgó el sobre malva que contenía la invitación le había preguntado a su tío Enrique:

—¿Esta gente está loca, no? ¿Cómo se les ocurre hacerle un homenaje a un carnicero de éstos?

Pero su tío y dueño del único periódico de oposición, el *Fiat Lux*, no le acompañó en la indignación, sino con voz tranquila le respondió:

—Te entiendo perfectamente, pero tenemos que ir.

Al principio creyó que había oído mal. ¿No era su tío quien había escrito los editoriales más vehemente defendiendo la justicia de huelga? ¿No era él quien decía que este país se compondría cuando colgara el último fraile balanceándose de la última tripa del último militar? ¿Y no era él quien le había hecho aprender de memoria los discursos de todos los oradores del Olimpo Radical?

—Si vamos al homenaje cómo vamos a explicar el cambio de posición a nuestros lectores? —le dijo.

—Cuando apoyamos la huelga era otro momento. A los comerciantes nos interesaba que desaparecieran los comisariatos. Pero después de lo que pasó las cosas han cambiado.

Y añadió:

—Recuerda que lo que nos da de vivir es el almacén, no el periódico.

Aquiles trató de lanzarse en una larga exposición sobre las banderas del viejo y glorioso partido, pero el tío lo detuvo diciéndole:

—Ahora no nos vamos a poner en la mirilla del General, no seamos tan pendejos.

Por eso al final de cuentas, ahí estaba bajo el almendro del patio, incómodo en su frac que le quedaba ligeramente estrecho, mirando a través de los ventanales cómo todos iban llegando. (“Vendrán todos los que son; el que no está, es porque no es”).

En ese instante el centro de la atención era Mr. Thomas, quien sentado en un canapé con su esposa al lado, recibía con cierta displicencia virreinal el saludo de los invitados.

Sólo cuando se le acercó Demetrio Rosales salió de su indiferencia y se puso a hablar animadamente con él.

¿De qué hablaban? No era muy difícil adivinarlo, después del papel tan decisivo que había tenido Demetrio en el desarrollo de los acontecimientos. Era él quien había disuadido al gobernador de ir a entrevistarse con los huelguistas, presentándole como un hecho cumplido una emboscada en la línea carrilera. También él era quien había cursado repetidos telegramas al ministro de guerra, su viejo condiscípulo, informándole y agrandándole pasos de la huelga. (Si la compañía aumenta los salarios también nos tocará hacerlo a los productos particulares. Nos arruinaremos los bananeros. Nos oponemos a ese arreglo). Sólo cuando se declaró la región en estado de emergencia y se le nombró como jefe con atribuciones de Procónsul al general, respiró Demetrio satisfecho.

En el periódico salió con titulares a ocho columnas:

En la bahía no hay ningún crucero, sino un buque mercante para refugio de los norteamericanos en caso de emergencia.

Como de costumbre los hombres hicieron corrillos donde se hablaba de política y las mujeres otros donde se hablaba de los últimos escándalos de Germania del Pavor. También estaba sobre el tapete el próximo baile de carnaval.

Por eso cuando entró Germania acompañada de su hija Amparo, un gran rumor recorrió la sala. El murmullo ascendió cuando se reparó en los vestidos que llevaban las dos mujeres. Ceñidos, sin mangas y con anchos fajones con motivos egipcios; Germania portaba el último grito de París. Para completar su atuendo un peinado de estilo faraónico remataba en su cabeza. (Que digan lo que quieran esas envidiosas pero lo que en las demás es ridículo en ella es sencillamente soberbio).

—¿Y éstas? ¿Se adelantaron al baile de disfraces, nadie les dijo que era el sábado, no hoy?

La voz de Serafina quería sonar irónica, pero el tono dejaba adivinar la rabia.

Germania y su hija siguieron imperturbables hasta el sitio donde estaba la esposa del gerente y empezaron a conversar en inglés. Pronto, para total ira de Serafina, estaban rodeadas de las señoras ávidas de conocer las últimas novedades que en París sacaban Patou, Coty y Arden.

—¿No te parece que Germania necesita una peluca?

Esa frentona es señal de que la calva avanza —dijo una de las integrantes de la corte de Serafina.

—¿Peluca dices? —chilló Serafina—, ella no necesita realmente una peluca, ella lo que necesita es una máscara, ¡sí, una máscara!

Sólo un arqueo de cejas reveló que Germania estaba escuchando. Pero Serafina no soltaba tan fácilmente su presa y remató en un timbre que rebasó la orquesta.

—No sé cómo hay gente a quien no se le cae la cara de vergüenza. (Esto está para alquilar balcones).

Desde el canapé Germania dijo algo sobre la gente provinciana, de modales bruscos y falta de clase.

Las escaramuzas fueron interrumpidas por la llegada del obispo. Los invitados se agolparon a su alrededor para besarle el anillo. Cuando le tocó el turno a Enrique Olmos y se inclinó, el prelado le dijo:

—Veo que la luz se está haciendo en su mente, espero que también en su corazón.

No supo qué contestar y confundido se dedicó a buscar a Aquiles. Cuando le divisó en el patio, la orquesta, que para incomodidad de la Mona se había dedicado a tocar el porro “El helado de leche”, pasó a tocar las graves notas del Himno Nacional.

El oficial menudo, enjuto, ágil dentro de su uniforme sobrio y un poco rengo, tenía muy poco en común con el hombre grandulón de largos mostachos y tremenda espalda con que caricaturizaban al general en el *Fiat Lux*, pero como le había dicho el tío Enrique a Aquiles en la redacción del periódico: “Los malos no tienen necesariamente cara de malos salvo en las caricaturas”.

El General lentamente pudo avanzar hasta la mesa de honor mientras estrechaba la mano de los hombres y besaba la de las mujeres. Grandes aplausos y vítores ahogaron las notas del himno.

Nemesio Correa frenético en su uno con noventa, comentaba a Germania que estaba a su lado:

—No es tan sólo un hombre de armas; es también un hombre de letras. Todo un historiador, además (esto lo dice con voz que pretende ser cómplice)... no sólo escribe la historia... sino que también la hace... —Germania con un ademán muy sofisticado añadió:

—Y además lo cortés no le quita lo valiente.

Nemesio festejó con grandes aplausos el calambur.

Alguien pretendió echar un discurso pero fue sacado de en medio por la Mona y Serafina, ante la mirada desconcertada del General. Para sortear la situación Mr. Thomas le ofreció su esposa al General para que abriera el baile, con un “Sobre las olas” que la “Tairona Jazz Band” interpretaba a ritmo de galope.

Possiblemente el General pensó, que era preferible recorrer la Zona persiguiendo “malhechores”, que seguir en los saltos y tropezones de ese interminable vals. Cuando al fin terminó, se sentó entre el magro gobernador y el obispo, cuyo gran abdomen impuso se le cambiase la silla de mimbre por una de cuero.

—¿Tú crees que el obispo pudo realmente huir de México hasta Panamá, acuclillado en una caja de mercancías? —le preguntó al tío Enrique, su sobrino cuando le encontró en el patio.

—Pues no sé, si pudo escapar o no de Plutarco Elías —le contestó Aquiles— pero lo que sí sé, es... que, no pudo escapar de tus besos.

El tío resistió el golpe, sin embargo rió condescendiente y dijo:

—No seas tan inflexible, cuando llegues a mi edad comprenderás que a veces es más inteligente ceder... —luego agarrándole del brazo añadió:

—Entra al salón y diviértete. Deja de estar rumiando ideas tristes. Baila con la hija de Germania, esa chiquilla preciosa que acaba de regresar de Europa. —Y con un guiño cómplice terminó:

—Practica tu francés. No olvides que a pesar de su mamá ella es un estupendo partido.

No pudo bailar sin embargo porque Amparo prefirió no hacerlo cuando el público impuso el porro “Oyeme Lorenza”.

Con una voz donde la erre gutural sonaba deliciosa, Amparo le dijo:

—Lo siento pero no sé bailar esos ritmos tropicales.

Ya para ese instante Aquiles no tenía ojos sino para la espléndida belleza de Amparo (“qué diablos hacemos aquí, abandonemos esta gente espantosa y correteemos sobre campos alfombrados de cosquillante césped”).

Agarrados de las manos, los jóvenes entraban al paraíso sin importarles lo que ocurría a su alrededor. —¿Cómo se llama ese perfume que me embriaga todos los sentidos? —le preguntó Aquiles.

—Se llama (mohín coquetísimo) “N'aimez que moi” —respondió Amparo.

Aquiles pensó que ademanes como ése bastaban para que uno se enamorara de alguien desesperadamente y para siempre.

Pero ya la serpiente quería entrar al Edén y Nemesio Correa trago en mano y aliento sulfuroso se acercó a ellos, mientras decía en un tono tan alto que todo el mundo oyó:

—Bueno, ¿pero ustedes creen que la muerte de ocho negritos merece tanto escándalo?

El padre prestó atención a los ruidos que venían de la estación del ferrocarril. “Son disparos”, pensó y después de aguzar el oído se dijo “Las balas son Dum Dum”, en el cuarto vecino la niña empezó a llorar: “¿Llueve papá llueve?”

El padre le acarició mientras le decía: “Sí hija llueve y llueve duro, pero no temas, yo estoy contigo”. Esa noche Rosita Marrero soñó con cristianos devorados por leones.

Antes de que Aquiles diera una respuesta feroz e imprudente, Germania salió al quite llevándose a Nemesio. Después arrastrando al centro del salón a Amparo pidió silencio.

Desde esa distancia Aquiles entendió confusamente, a pesar del acento gutural de Germania, que Amparo cantaría algo en honor del general.

La orquesta empezó a tocar el aire de la “Momia de Tutankamen” y Amparo con los brazos echados hacia delante, los ojos entrecerrados y la boquita fruncida daba pasitos forzados como los que daría la momia faraónica al salir del sarcófago. Pero la orquesta no estuvo muy precisa en la melodía y a Amparo le tocó suplir con gracia lo que al conjunto le faltaba en armonía.

Los aplausos murieron al nacer. (Bella niña pero sin porvenir como cantante). Amparo sin embargo tampoco se rendía tan fácilmente y después de cuchichear con el director de la orquesta, volvió al ruedo y empezó un pujante “Tóquenme el trigémino” (el coro respondía: “Tóquemelo usted”). La melodía pegó y pronto el público acompañaba con palmas el ritmo, a pesar del rostro feroz que puso el Obispo.

Amparo acompañaba el canto con su contoneo. En un momento el vestido revoloteó alrededor de su cuerpo y flotó con evoluciones de bailarina. Al final se dejó caer en una silla, extenuada pero feliz. El General aplaudió con vehemencia.

La columna compuesta por veteranos y reclutas desembocó por la calle estrecha y entró en la estación, algunos se despertaron y gritaron “No queremos militares vendidos”. Otros dijeron “Viva el Ejército”, los tambores redoblaron por cinco minutos.

La Mona pidió silencio y anunció que la fábrica de cerveza recién inaugurada se asociaba al homenaje.

—Hay toda la cerveza que quieran, el único límite es la que puedan tomar.

En el patio empezaron a entregar las “Nevadas”. Algunas fueron puestas en la mesa principal donde el General empezó a escanciarlas ávidamente.

Al rato ya se discutía a voz en cuello si esta “Nevada” era o no superior a las alemanas. (Quédate con tu cervecita criolla, me lo vas a decir a mí que estuve tomando la cerveza que producen en la montaña sagrada de Andechs, ésa sí es cerveza).

De pronto el General con el rostro descompuesto se levantó y abandonó a grandes zancadas el salón. Desconcierto seguido de un refrescante “se fue al baño”, pero todo volvió a ensombrecerse cuando soldados armados ocuparon todas las puertas.

Un oficial, bajo, acuropado, con fuerte acento nasal, llegó al centro del salón y dijo con voz dura:

—Parece que han intentado envenenar a mi General.

Nadie sale de aquí hasta nueva orden.

La misma voz gritó por los altavoces, “Señores, si no desocupan dentro de cinco minutos la plaza, haré fuego”. Murmullos coléricos, una voz dentro de la multitud gritó: “Le regalamos el minuto que falta...”.

El General gritó: “¡Fuego!” Dos de las tres ametralladoras empezaron a disparar. La tercera se atascó.

—Esto es un atropello y una falta de respeto —bramó encendida la voz de Serafina. Expresiones como “chafarote” y “cachaco inmundo” empezaron a oírse por todo el salón, mientras el oficial y los soldados permanecían en actitud impasible.

El médico De Vivo fue autorizado a ir a la habitación donde estaba el General.

Sólo después y en su celda, Aquiles pudo recomponer los momentos en que ciego de ira por el atropello, empezó a gritar en medio del salón, la oración mil veces repetida en el baño.

“Oh Patria mía, Oh Patria infortunada, en esta tempestad de lodo que ha nublado tu cielo antes brillante”.

Un golpe sordo le derribó. El silencio casi se podía tocar. Momentos después regresó el doctor De Vivo con una sonrisita irónica.

El oficial, confundido empezó a explicar a los asistentes que todo se debía a un malentendido, que el General tan sólo había sufrido un ataque de amibiasis, debido seguramente a la cerveza. Hubo algunos chiflidos.

De todos modos el homenaje estaba herido de muerte.

Ante la desesperación de la Mona, todos fueron buscando la salida. Para colmo de desgracias la orquesta empezó a tocar “El Tambor de la Alegría”, el mismo aire que había servido de himno a los huelguistas.

La última conversación que Aquiles alcanzó a oír, antes de ser conducido al calabozo, fue la de Serafina y Germania reconciliadas en el susto.

—Esto está invivible para la gente de bien. Huelgas, matanzas y faltas de respeto —decía Serafina—. No hay nada como vivir en Europa.

—Sí, mija —le contestaba Germania—. Tienes toda la razón, por eso Amparo y yo nos iremos la próxima semana. En verano nos iremos a Cap d’Antibes, nos veremos allá chérie, n'est-ce pas.

Aquiles en ese momento dejó de vivir a la sombra de innumerables perplejidades y comprendió claramente lo que era la “mala Conciencia”.

* Este cuento se encuentra en la edición digital de la obra “Veinte ante el milenio”, Compilación y prólogo: Eduardo García Aguilar. Bogotá: Presidencia de la República de Colombia, Biblioteca Familiar, 1996. La dirección electrónica es: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/veinte/illan.doc>